

cristo, suceso que indudablemente tuvo lugar antes de la prision del Bautista. Refiriendo la adoracion de los pastores, San Lucas se extiende sobre la narracion maravillosa que hicieron de su ida á la gruta de Belén y del asombro que esto causó á todos los que lo oyeron; despues de lo cual vuelve la narracion á tratar de la escena suspendida de la adoracion, y cuenta que los pastores se marcharon del establo. Hé aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista.» Estas razones muy eficaces y la poderosa autoridad de San Ambrosio me hacen creer sin vacilacion que la Santa Vírgen no abandonó á su prima en los momentos de su parto.

Pero los autores que opinan de otro modo, además de tener en cuenta el método que emplea San Lucas para narrar el regreso de la Vírgen á su casa, alegan razones de decoro para motivar que María se retirase de casa de Santa Isabel antes del parto de esta. Dícese que las doncellas no asistian á los partos. Esto parece muy regular, pero María era casada: su virginidad era un secreto; y es mas, ella estaba en cinta y dentro de pocos meses habia tambien de parir. Alegan tambien los hábitos de retiro de la Vírgen y su afición á la soledad, para inferir que la Santísima Vírgen, poco aficionada á fiestas y bullicios, procuraria huir de ellos, «cual tierna paloma espantada,» segun la frase del mismo Orsini. Por esa cuenta tampoco debia haber asistido á las bodas de Caná, y ello es que asistió con su Divino Hijo. Tiene, pues, razon Orsini para concluir diciendo, que «María pudo conciliar su poca inclinacion al mundo con aquel sentimiento exquisito de delicadeza que le atribuyen los Santos Padres: debió, pues, permanecer bajo el techo sacerdotal de Zacarías hasta que su santa Esposa estuviera fuera de peligro, y en seguida, huyendo de la admiracion, que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías.»

La opinion de que María asistió al parto de Santa Isabel se halla tan generalizada en España, que seria fácil citar los retablos de muchas iglesias en que se representa el nacimiento del Santo Precursor de Cristo, en todos los cuales constantemente los artistas ponen en los cuadros y relieves á San Juan Bautista en los brazos de su Santa Tia. No es fuerte este argumento para probar la exactitud del hecho, pero lo es para manifestar la general y tradicional creencia de que así pasó.



## CAPITULO XIII

### VIAJE Á BELEN

*Ascendit autem et Joseph à Galilea de civitate Nazareth in Judæam in civitatem David, que vocatur Bethlehém, eo quod esset de domo et familia David, ut profiteretur cum María desponsata sibi uxore prægnante. (San Lúcas, cap. 2.º)*



ERCA de medio año habia transcurrido desde el regreso de María á Nazareth y el restablecimiento de la tranquilidad en el casto pecho de su santo Esposo, cuando un acontecimiento político vino á turbar el órden doméstico de aquella pobre vivienda, ya que no la paz inalterable entre los santos esposos. Acercábase el tiempo en que á estos se agregara la tercera entidad que viene á constituir lo que se llama *familia*, segun el mandato Divino de crecer y multiplicarse, viniendo el hijo á completarla en esa asimilacion de esta sociedad formada por Dios á imágen de su Trinidad Santísima, en cuanto puede asimilarse lo humano á lo Divino, lo inferior é imperfecto, á lo perfectísimo y supremo, y en esta familia Santa y Santísima, modelo de las familias cristianas, era una persona de la Trinidad Santísima la que venia á completarla sobrenatural y misteriosamente, haciendo de hijo de José y siéndolo de María el que era desde la eternidad hijo del Eterno Padre, el Verbo.

Pero el Redentor del mundo debia nacer en Belén. La Escritura Santa lo advertia así bien claramente, y María versadísima en su estudio no lo ignoraba. Mas ella vivia en Nazareth. ¿Faltaría lo que habia anunciado el Profeta? ¿Habria mudado sus decretos el Altísimo? ¿Se deberian entender en sentido figurado aquellas palabras de que saldria de Belén, la pequeña ciudad Efratea, el que habia de ser dominador de Israel, y cuya salida desde la eternidad era esperada por todos los que sabian la promesa de la venida de un Redentor? Motivo habia para dudas y cavilaciones; pero María ni duda, ni vacila, ni se preocupa con esta ardua cuestion. Ella no habia deseado ni pedido el ser Madre de Dios: en su profunda humildad ni podia ocurrírsele que fuera la elegida para tan altísima dignidad. Obra era de Dios la encarnacion milagrosa, palabra era de Dios la profecía, á

Dios correspondía solamente poner de acuerdo su palabra con su obra, y á ella dejarse llevar de su voluntad santísima, cual nave que va á entrar en el puerto impelida por la marea y las suaves brisas que hinchen sus velas por la popa.

Los momentos se acercan: el modesto equipo del recién nacido está ya preparado por las santas y virginales manos de María. ¡Cuántas lágrimas silenciosas habrían caído sobre aquellos pobres pañales, al considerar la discreta y purísima doncella la pobreza de las telas que habían de envolver al Hijo de Dios! Pero su fortuna temporal no alcanzaba á mas, y si el Mesías había de preferir la pobreza y la penuria al fausto y la opulencia, al oro y á las riquezas de la tierra, ¿sería ella quien modificase los decretos del Hijo de Dios é hijo suyo, buscando para Él lo que Él desprecia? Para quien crió el oro y el barro ó formó aquel de este, ¿será mas el barro que el metal luciente y codiciado? Pero ella es Madre, y como tal quisiera para el Hijo de sus entrañas todas las comodidades, todos los regalos, todo el bienestar, que una buena Madre anhela siempre para su Hijo.

De pronto resuena en el rincón de Galilea, donde está Nazareth, una noticia extraña que, anunciada á voz de pregonero y de orden de las autoridades, cunde por el pueblo y llega á los oídos de los castos esposos. El Emperador de Roma, César Augusto, ha mandado hacer un empadronamiento general, y el prefecto Cirino, que manda á la sazón en Palestina, quiere que se haga, no solamente por capitación y vecindad, sino además teniendo en cuenta el origen troncal y procedencia de familia, cosa muy sabida y respetada entre los Israelitas, que por su ley tenían en mucho la razón de troncalidad y abolengo.

No eran los Israelitas muy aficionados á tales empadronamientos, pues para las peleas fiaban mas en el favor de Dios que en la fuerza de la multitud, y para la producción esperaban mas de la bendición del cielo que de la fertilidad de sus terrenos. David había mandado hacer un empadronamiento general y en vano se lo había vituperado Joab, su general y ministro, conociendo bien que en ello había un arrebato de orgullo. Dios castigó aquella medida política de David, al parecer de buen gobierno, pero insensata en realidad, dado el modo de ser y la fe de los Israelitas. ¡Cuántas medidas por el estilo, idóneas entre los herejes, vituperará Dios entre los católicos!

Pero los Romanos no tenían la fe de los Israelitas. Dios en sus altísimos fines los había tomado como medio para establecer la unidad política necesaria para la propagación del Evangelio y establecimiento de la unidad cristiana, en medio del fraccionamiento de heterogéneas nacionalidades, reyertas de razas, atrasos de civilización y cultura y falta de comunicaciones entre los países. Eran, pues, los Romanos el glúten de que Dios se valía para amalgamar la humanidad formando un solo Estado de aquellos elementos heterogéneos que amasaba la política romana por la astucia y por la fuerza, á las cuales acompañaba generalmente la perfidia. Con malas artes habían robado á los Israelitas sus libertades y franquicias y su patriótica independencia. Conservaban estos su Religión y su ley, sus magistrados, sus costumbres y sus predios; pero tenían que pagar tributo al César, tenían

guarniciones de soldados extranjeros en los presidios y castillos, tenían que presenciar las abominaciones del culto idolátrico, veían cruzar sus campos por piaras de animales inmundos, cuya crianza les era prohibida, como también el comer sus carnes muy insalubres en aquellos climas.

Es verdad que tenían por Rey á Herodes, casi paisano suyo y casado con una bella Israelita, el cual había mejorado y engrandecido el templo por congraciarse con ellos, tachonando de oro sus paredes como en los buenos tiempos de Salomón, amable indiferentista adelantado á su siglo, como diríamos ahora, que sin creer en Dios sino muy poco, le obsequiaba por miras políticas, para quien la Religión era un medio, no un fin. Pero este Rey era un parásito, dependía de los Romanos, era feudatario suyo, tenía que ser instrumento de sus miras y de su tortuosa política, sin lo cual le hubieran destituido, desterrado ó quizá crucificado como al mas miserable esclavo. Un publicano de Roma, recaudador de tributos y que se quejara de él, podía comprometerle. Es verdad que tenía una corte y tenía aduladores; pero estos no pasaban de ser parásitos de un parásito. El Rey verdadero estaba en Roma: de allí salía la vida política, la económica, la jurídica y toda clase de vitalidad social.

Y no era solamente en Palestina donde esto sucedía: igual suerte había cabido por el mismo tiempo á la no menos desgraciada Península ibérica, cuyos habitantes en general se asimilaban algo á los Israelitas en el culto de un solo Dios, al que no daban nombre. Sencillos y de costumbres puras y patriarcales, vivían independientes y felices, contentos con poco, cuando unos en pos de otros vinieron á explotar sus riquezas y explotarlos á ellos los habitantes de Tiro y de Fenicia, los Griegos y los Cartagineses y en pos de estos los Romanos, peores que todos. Presentáronse también como amigos y auxiliares de una colonia casi extranjera, oprimida por sus rivales los Cartagineses. Ingiriéronse en los asuntos del país, sembraron por do quiera rencillas y discordias, crearon antagonismos, hicieron pelear razas contra razas, comarcas con comarcas, pueblos contra pueblos, apoyando con piedad fingida al que caía para apagar los bríos del vencedor y que no llegara este á verse pujante. En vano los indomables Celtíberos pelearon briosamente contra ellos durante doscientos años; mientras que los Cántabros desde sus montañas veían impasibles la guerra si no la fomentaban. El águila de Roma cerniéndose sobre sus montañas se aposentó también sobre ellas y logró dominarlas. Terminada la guerra cantábrica calló la tierra, viéndose esclava de Roma, y el César orgulloso en medio de sus triunfos quiso recontar sus vasallos, pues los que se apellidaban libres apenas lo eran en realidad.

Al oír San José el imperial edicto que le llamaba á Belén, próximo ya el alumbramiento de la Virgen, vió desplegar ante sus ojos el cumplimiento de las profecías. Allí debía nacer el Mesías, allí debía parir su joven esposa: el orgullo imperial venía á ser el medio de que se valía la Providencia para hacer que las profecías quedaran cumplidas. No había que vacilar: no era el mandato del Emperador, era la voz de Dios la que le mandaba

ponerse en camino para Belén, sin tardanza, sin vacilacion. No era el Emperador el que mandaba, era Dios quien mandaba al Emperador y se valia de él como de un instrumento de su sabiduría, que así lo tenia predispuesto desde la eternidad aun antes de criar al mundo, previsto en su sabiduría el pecado del primer hombre.

Los preparativos del pobre se hacen pronto: sus necesidades escasas, su ajuar corto y reducido, su costumbre de sufrir privaciones resignado y silencioso, su confianza en la Providencia, hacen que se decida pronto á dejar lo que tiene y llevar lo poco que necesita conducir. Ligera carga de ropa y provisiones queda colocada en breve sobre un jumentillo, que á la vez habia de conducir á la tierna doncella, descendiente de Reyes y de Sacerdotes, la cual en los últimos dias de su embarazo, y en medio del invierno, no halla mas comodidad para su viaje. Una mansa vaca acostumbrada á recibir pobre alimento de mano del bendito esposo y que conoce la voz cariñosa de su casta consorte, seguirá sus pasos y proporcionará con su leche frugal, barato y sano alimento á la santa pareja. Al cerrar esta su pobre casita de Nazareth despidiéndose de sus vecinos y saliendo de allí en los nebulosos dias del solsticio de diciembre, es muy posible que entonara el precioso salmo de su ascendiente David (1): «El Señor me dirige y nada me faltará: en sitio de pasto abundante me ha colocado.

»Agua me ha proporcionado para refrigerarme: volviómelo el alma al cuerpo.

»Llevóme por los senderos de la justicia por amor de su nombre.

»Pero aunque tuviera que andar por parajes sombríos y expuesto á morir, no temeria los riesgos ni que me aconteciera mal ninguno.

»Tu vara para dirigirme, tu báculo para apoyarme, á eso se ha reducido mi consuelo.

»Has preparado delante de mí mesa abundante, á despecho de aquellos que me atribulan.

»Ungiste mi cabeza sudosa con óleo aromático; y ¡cuán excelente es ese bendito cáliz con que me proporcionaste la santa embriaguez de tu amor!

»Tu misericordia me seguirá todos los días de mi vida, y de ese modo lograré al cabo habitar en la casa del Señor por muy dilatados días.»

Parece este precioso salmo hecho á propósito para este caso: si no en forma visible, es indudable que los santos ángeles los acompañarian y servirian en forma invisible para los hombres, y visible probablemente para la Santa Vírgen. Quizá en mas de una ocasion les proporcionarian improvisada mesa de sazoadas frutas, con blanco pan, dorados racimos y el panal intacto de la rica miel depositada por las abejas en el tronco del olmo y del añoso roble de las selvas, en aquella tierra, feraz entonces, donde corrian arroyos de miel

(1) Salmo 22 de David, que comienza con las palabras *Dominus regit me et nihil mihi deerit*. Dicese que lo compuso David, cuando andaba por los desiertos de Zif, perseguido por Saul. Ello es que este salmo es uno de los mas bellos, pues rebosa por todos sus conceptos ternura y confianza. Su sentido altamente eucarístico, hace que sea uno de los mas á propósito para recitarlo reposadamente despues de comulgar, meditando sus altísimos conceptos. Por ese motivo en vez de copiar cualquiera de las traducciones del Sr. Amat ó el P. Scio, se ha preferido dar su paráfrasis, ó traduccion libre.

y leche, segun la promesa hecha á sus ascendientes (1). Las vidas de los Santos, las crónicas religiosas, las candorosas leyendas de los tiempos de fervor en la fe y de costumbres patriarcales y puras contienen numerosos casos de este género. ¿No haria Jesus por su piadosa y bendita Madre, y por su padre putativo, varon humilde y justísimo, lo que por varios siervos suyos, cuyas virtudes no igualaban con mucho á las de la santa pareja, que viajaba á Belén, guiada por Dios?

(1) Jeremias, cap. XXXII, vers. 22. *Et deísti eis terram hanc quam jurasti patribus eorum ut daves eis terram fluentem lacte et melle.*

